

La recuperación del trabajo como valor social.

Algunas discusiones contemporáneas

Prof. Flavio Gigli

Universidad Nacional del Comahue

fgigli@gmail.com

Introducción

Los aportes más significativos de la Filosofía social y política surgen de la reflexión teórica de los tiempos presentes. Cuando esta disciplina se limita a analizar los diferentes sistemas sociales y regímenes políticos pretéritos se transforma en una rama de la Historia de la Filosofía. Y cuando postula exclusivamente una serie de proyectos tendientes a sentar las bases para la construcción de una nueva sociedad, cae en diversas formas de utopismo. Sin minimizar la importancia que desempeñan la mirada retrospectiva y la proyección hacia el futuro, la Filosofía social y política tiene la exigencia de abordar los problemas actuales más urgentes por cuestiones de prioridad teórica y práctica a la vez.

Del conjunto de dificultades propias de los tiempos contemporáneos sobresale el hecho de que el trabajo, como elemento estructurante en la formación de la subjetividad, interviene entremezclado junto a un variado conjunto de factores; tales como la historia personal, la ideología política, la nacionalidad y el sentimiento religioso. Asimismo, resulta sumamente complejo establecer una definición unívoca del concepto de trabajo, clave en la formación de los sujetos, ya sea por la diversa conformación de modos en los que ha devenido, ya sea por las profundas transformaciones socio políticas del sistema neo capitalista que lo atraviesa.

No obstante, esta ponencia defiende la tesis de que el trabajo continúa siendo un factor central en la construcción de la subjetividad. Y que, por lo tanto, es necesario recuperar las características afirmativas del trabajo; las que permiten concebirlo como una actividad verdaderamente propia del ser humano, que lo enaltece y dignifica, que organiza la vida individual y colectiva. Por todo ello, se hace necesario estimular y promover su valor y significado social.

Desarrollo

La Antropología filosófica moderna – tradicional - incurre frecuentemente en el error de considerar al trabajo como la esencia humana, equivalente a una particularidad

exclusiva de los hombres, atemporal e invariante. Por el contrario, es más correcto percibir que el trabajo es una parte de la praxis transformadora que realiza ser humano sobre la naturaleza, y que es producto de la evolución histórica. Según lo demuestran algunos estudios recientes (como los de Dominique Medá), el trabajo logró imponerse como un rasgo distintivo del hombre a partir del triunfo de la sociedad industrial. “Lo que nosotros llamamos ‘trabajo’ es una invención de la modernidad. La forma en que lo conocemos, lo practicamos y lo situamos en el centro de la vida individual y social fue inventada y luego generalizada con el industrialismo”¹. La industrialización, al cambiar de manera radical el campo y la ciudad, al convertir el sistema de producción a domicilio en producción manufacturera y producción fabril; finalmente al transformar las masas campesinas en obreros industriales asalariados, logró que el trabajo fuese considerado un rasgo a la vez constitutivo y constituyente del ser humano.

Dicho en otras palabras, el trabajo característico de todo individuo que integra la sociedad es una invención reciente. La matriz de su nacimiento se encuentra en la edad moderna, cuando los impulsos del desarrollo industrial produjeron en occidente toda una serie de cambios de orden social, político y económico. De entre esos cambios sobresalió de manera significativa la necesidad de contar con una mano de obra permanente, más o menos adiestrada, y que trabajara para un patrón a cambio de un salario. A diferencia de la sociedad industrial, en las sociedades premodernas -en la antigüedad o durante la época feudal- se trabajaba menos, mucho menos. Lo que lleva a pensar que el trabajo no fue siempre el motor del desarrollo económico ni el único medio de progreso social e individual. Así por ejemplo en la sociedad griega, el trabajo no era un factor de integración social sino que funcionaba más bien como principio de exclusión: quienes lo realizaban eran considerados individuos inferiores, pertenecían al reino de la naturaleza (no al orden humano) por estar sometidos a las exigencias de las necesidades. En sentido riguroso, sólo a partir del industrialismo es posible hablar de una sociedad de trabajadores.

En coordenadas temporales mucho más cercanas, en el terreno del pensamiento político, Gilles Deleuze advirtió que la humanidad se encontraba transitando un cambio sumamente significativo con consecuencias todavía difíciles de precisar: llamó a este cambio el paso de la sociedad disciplinaria a las sociedades de control². En ese texto, Deleuze recupera los análisis de Michel Foucault para quien las instituciones de encierro,

¹ Gorz, A., *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, Sistema, 1995, pág. 25.

² Deleuze, G., “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, en Deleuze, G. *Conversaciones*, Valencia, Pre-textos, 1996.

características de la era de las disciplinas, operaban como moldes en la constitución de los sujetos, produciendo subjetividades dóciles y en última instancia, acordes con las normas. Deleuze sostiene que las disciplinas han entrado en una crisis terminal; crisis del sistema educativo, del sistema penitenciario, de la salud, de las formas de producción tradicional; en suma las sociedades de control están sustituyendo a la era de las disciplinas. La fuerza del impacto que produce este cambio se puede apreciar cuando se considera la sustitución, a nivel económico pero también simbólico, de la fábrica por la empresa. En efecto en ésta, ya no es necesario encerrar a las personas para que la producción sea eficiente. En el modelo que impone la empresa y bajo una aparente ‘apertura’, los individuos pueden trabajar desde sus casas, por medio de una computadora personal y un teléfono celular. De este modo se obtiene un trabajador absolutamente *full time*, dedicado a cumplir con los objetivos e intereses propios de la empresa. Consecuentemente, la subjetividad no se construye en serie y de manera homogénea, sino de acuerdo a una modulación. Ya no más la fragmentación de la temporalidad en tiempo de trabajo y tiempo de reposo (para dedicarlo a la familia, esparcimiento, o lo que fuere). Ahora una sinuosidad atraviesa la vida de los individuos expuestos a combinar tiempo de trabajo y tiempo de descanso, sin límites precisos ni fronteras definidas.

En los últimos años, el sociólogo Zygmunt Bauman dio cuenta del mismo fenómeno señalando un cambio importante en el paradigma socio-político entre –lo que denominó– la modernidad sólida y la modernidad líquida. Las formas de organización política, de concepción del trabajo, y de forjar la subjetividad (por citar sólo algunos aspectos) ya no tienen la solidez del siglo XIX ni la de principios del XX. En los tiempos contemporáneos todo parece fluir para adquirir nuevas formas; formas que no son definitivas sino efímeras, fugaces y transitorias. Nada está quieto en el tiempo, ni permanece en un espacio con contornos definidos; todo parece avanzar a velocidades cada vez más vertiginosas y con pocas posibilidades de detenerse en un terreno seguro. “En la actualidad, las pautas y configuraciones ya no están ‘determinadas’ y no resultan ‘autoevidentes’ de ningún modo; hay demasiadas, chocan entre sí y sus mandatos se contradicen, de manera que cada una de esas pautas y configuraciones ha sido despojada de su poder coercitivo o estimulante. Y, además, su naturaleza ha cambiado, por lo cual han sido reclasificadas en consecuencia: como ítem del inventario de tareas individuales”³.

Ahora bien; es frecuente presentar estos tipos de modalidad socio-política de manera antitética, como dos extremos de un movimiento pendular que no se tocan sino que se

³ Bauman, Z., *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE, 2005, pág. 13.

alejan cada vez más el uno del otro. Este modo de presentar el problema, un tanto simplista y a la vez maniqueo, es obviamente equivocado. No existe un abismo de diferencia, una separación absolutamente tajante, entre la sociedad disciplinaria y las sociedades de control; entre el paradigma de lo sólido y el de la liquidez. Por el contrario, estamos transitando un tiempo de intersección en donde conviven muchos aspectos de la era de las disciplinas con las nuevas formas de control. Más aún, es posible advertir una superposición de rasgos de la modernidad sólida con otros de la modernidad líquida: los sólidos y los fluidos conviven en estos tiempos. Lo cual torna mucho más difícil y complejo el análisis filosófico social, y requiere de las mejores cualidades de la inteligencia para ofrecer alternativas de solución a estos problemas. Como decía Antonio Gramsci: son tiempos en que 'lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer'.

Quizás uno de los ejemplos más notables de todo esto se encuentre precisamente en la consideración del problema del trabajo: el trabajo es percibido a la vez como la actividad más plena y más gratificante del hombre, y como el principal mecanismo de alienación; es el instrumento por medio del cual el ser humano conquista, domina la naturaleza, y la forma paradigmática de cosificación (o reificación); expresa toda la creatividad, la imaginación y el desarrollo de la personalidad de un individuo, tanto como el embrutecimiento en el que se ve inmerso producto de una tarea bestial y dominada por la rutina. Formas laborales estables se combinan con otras a tiempo parcial y flexibilizadas; las tareas que se desarrollan en las ciudades contrastan con las que se realizan en el campo; el trabajo inmaterial con el que produce objetos materiales concretos. Esta ambigüedad que se puede atribuir al concepto y a la diversidad que ofrece el mundo del trabajo produce actualmente consecuencias determinantes en la formación de la subjetividad; ya sea que se trate de sujetos colectivos como de cada sujeto individual. Todas y cada una de las personas que se esfuerzan en su trabajo y que creen profundamente que este esfuerzo redundará en beneficio de la sociedad en su conjunto, oscilan en esta suerte de movimiento pendular. Esa es una de las mayores aporías que presenta el problema del trabajo.

En estos tiempos convulsionados y de cambios profundos, la concepción clásica del trabajo, en tanto elemento fundante de la subjetividad, se encuentra atravesando por una profunda crisis. Al menos para un buen número de personas el trabajo no significa un factor de afirmación sino de negación. Y es que el mundo del trabajo ofrece sus costados más siniestros: por un lado, el trabajo temporario (precarizado y flexibilizado), por el otro, el desempleo; ambos fenómenos desarrollados con una velocidad vertiginosa y efectos desbastadores, tanto a nivel individual, como familiar y por supuesto colectivo. De acuerdo al

pensamiento de Z. Bauman el trabajo ya no tiene la misma fuerza imperativa que poseía en la modernidad sólida; al mismo tiempo que el consumo pasó a ser un factor preponderante en la constitución de la subjetividad. Este doble proceso de avance de las formas y modalidades de consumo junto con el repliegue del trabajo permanente (con aportes jubilatorios, cobertura en salud, vacaciones remuneradas, etc) hace que la formación de la subjetividad no obedezca a un proyecto lineal y continuo sino que se mueva; o mas bien, se construya y se deconstruya de acuerdo a flujos y reflujos.

Para Bauman no es posible acotar el significado del concepto de consumo a la simple y mera adquisición de mercancías a cambio de dinero. En los tiempos contemporáneos los hombres y mujeres no consumen únicamente cuando van de compras a los hipermercados o de recorrida a los shopping, por más que la expresión *shopping spree*⁴ -especie de bacanal de compras- denuncie una conducta y a la vez una tendencia cada vez más preponderante. El acto de consumo penetra en todas las acciones cotidianas: por ella se examina un conjunto de posibilidades, se evalúan y sopesan los productos, se comparan unos con otros, se elige finalmente uno de ellos y se desecha el resto, aún a sabiendas que la elección de ese producto no es definitiva sino sólo transitoria. “Hagamos lo que hagamos, y nombremos como nombremos a esa actividad, es en realidad una clase de compra, una actividad modelada a semejanza de ir de compras. El código que determina nuestra ‘política de vida’ deriva de la praxis de ir de compras”⁵. La elección de determinados programas de televisión, de películas, de amigos y relaciones, de parejas, de peinados, tatuajes, accesorios y hasta de ‘maneras de ser y parecer’ obedecen a la lógica del consumo.

Sin embargo no es posible aceptar de manera absoluta y sin reparos todas las tesis de Bauman. Este pensador comete la equivocación de hacer afirmaciones que pueden ser válidas para algunos ámbitos del mundo del trabajo (como el tercer sector de la economía) pero no alcanzan a todo el universo laboral. Afortunadamente existen trabajos en los que es necesaria la creatividad, el esfuerzo personal y las mejores capacidades manuales e intelectuales de los hombres. Pero además Bauman, enfatizando el rol social que desempeña el acto de consumo en el neo capitalismo actual, hace hincapié en un fenómeno que prima fundamentalmente en los grandes centros urbanos y , más aún, que es propio de los sectores sociales con mayor poder adquisitivo. Existe un gran número de personas que no pueden construir su subjetividad en el consumo por el simple hecho que no cuentan con recursos económicos como para hacerlo. Sólo un pequeño sector de la sociedad se puede dar ese lujo; el resto hace otra cosa.

⁴ Véase Sarlo, B., *Escenas de la vida posmoderna*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

⁵ Bauman, Z.; Ob. Cit. pág. 79.

Llegados a este punto es bueno recordar algunos tópicos acerca del valor que conlleva el trabajo en nuestras sociedades contemporáneas:

Primero que nada señalar que el trabajo una actividad esencialmente trascendente, vale decir que trasciende el aquí y ahora del trabajador, y por lo tanto permite a las personas superar los límites espaciales, temporales y culturales que su contexto histórico – político le imponen. Gracias al trabajo el hombre se proyecta más allá de su estricto marco de referencia. Y en este sentido alcanza a las generaciones venideras en una dimensión universal.

Además, el trabajo pone a prueba los conocimientos y las prácticas que los seres humanos han adquirido en etapas anteriores. El trabajo representa siempre un desafío, y por ende implica el hecho de asumir variados riesgos que deben enfrentarse de manera decidida, para estar en condiciones de superarlos y de este modo sentirse útil ganando confianza en uno mismo.

En tercer lugar, por medio del trabajo las personas pueden integrarse familiar y socialmente, sobre todo a partir del momento en que logran obtener un trabajo estable (esto permite además proyectarse hacia el futuro). El trabajo a menudo es colectivo, requiere un equipo de trabajo, y por ello es un agente de integración. De esta forma el proceso de socialización puede hacerse mucho más sencillo y llevadero.

En resumen, el trabajo contribuye sustancialmente a la conformación de la subjetividad, es central en la formación de la subjetividad. A partir de la ejecución cotidiana de las tareas, de la puesta en acto de sus mejores capacidades manuales e intelectuales, y de la pertenencia a un grupo de trabajo, el individuo logra conformar una estructura fuerte asentada sobre bases sólidas. Esto se logra a partir del relato individual que cada uno llega a hacer recogiendo su experiencia y su vida laboral. De este modo el hombre se identifica con ese relato, lo hace suyo, en tanto expresa su propia biografía laboral.

Conclusión

El complejo escenario teórico - práctico que comienza a desarrollarse en los inicios del siglo XXI, exige buscar alternativas de solución que enfrenten los problemas desde su raíz. Es necesario recuperar las características positivas del trabajo, las que permiten concebirlo como una actividad verdaderamente significativa para el ser humano, que organiza su conducta y orienta sus perspectivas de vida, que requiere la puesta en juego de todo su poder e iniciativa. Sin olvidar las dificultades en las que se ve inmerso el mundo laboral contemporáneo, el trabajo sigue siendo aquello que realmente enaltece a cada hombre en particular y le permite proyectarse hacia el mañana. Sin lugar a dudas, el relato personal que

cada individuo logra realizar de sí mismo respecto de su vida laboral, es uno de los más contundentes modos de subjetivación. Ese relato como autobiografía es un elemento fundante de la subjetividad en tanto narra su propia vida, lo que hizo y cómo lo hizo.

Por todo lo expuesto anteriormente, es necesario insistir en las responsabilidades que tienen los distintos niveles del Estado para generar políticas públicas que fomenten la actividad laboral (en sus diferentes matices) como un valor social de relevancia; es decir acciones concretas que tiendan a resignificar el trabajo en tanto elemento fundamental en la vida de cada individuo y de toda sociedad. Lo social nos involucra a todos en virtud de lo que es común (*koinón*), por lo tanto "... el trabajo es un valor que permanece a pesar de sus transformaciones. Es un derecho y no sólo un deber social. Su valor consiste en que por el dominio y transformación de la naturaleza, el trabajo es una actividad creadora de bienes y servicios sin los cuales no podría asegurarse la vida ni la reproducción de la especie. Facilita la inserción social y permite, por medio de los ingresos salariales, o del seguro o subsidio a los desocupados, la obtención de recursos para sobrevivir autónomamente sin depender de la beneficencia o del esfuerzo de otros"⁶.

⁶ Neffa, J. *El trabajo humano*, Buenos Aires, Lumen, 2003, pág. 258